

DIOS Y LOS FALSOS ÍDOLOS EN EL NUEVO ORDEN

por Francisco León Florido

Es difícil pensar que el problema eterno del hombre por antonomasia, Dios, haya podido sufrir recientemente algún tipo de variación que haga necesario efectuar nuevos análisis; que después de los acontecimientos mundiales de los últimos años sea preciso hablar de un nuevo ACONTECIMIENTO, como si Su presencia pudiera ser objeto de los debates sociológicos tan a la moda. No obstante, parece que quizá han podido variar determinadas circunstancias de índole religioso, tales como los sentimientos populares ante la trascendencia, o las manifestaciones sociopolíticas de las diversas sectas religiosas e, incluso, la esperanza de un decisivo cambio en puertas del final del milenio. Estos fenómenos hacen que nos planteemos la tarea de recoger algunas cuestiones que se abren en torno a lo que cabría denominar genéricamente *el problema de Dios en el Nuevo Orden*. Si tratamos de remontarnos al origen de la aparición de los interrogantes actuales sobre el futuro, y la falta de sentido del pasado, que obligan al hombre del final del milenio a reflexionar de nuevo sobre temas que parecían definitivamente resueltos, habremos de enfrentarnos con un carácter de nuestra época, que ha sido puesto de manifiesto por los más importantes estudiosos de este tiempo: *la pérdida de la sustancialidad*. Aparentemente nos encontramos ante una característica eminentemente abstracta; y ciertamente lo es. Sin embargo, no por ello deja de tener consecuencias poderosamente prácticas. Sin duda, lo más significativo de cuanto nos acontece es la pérdida de realidad de todo lo que nos rodea. Tendemos a vivir los sucesos históricos, e incluso cotidianos, como meras imágenes aparecidas en la pantalla del televisor, que sólo nos hablan de realidades lejanas, casi confundidas con simples fantasías más propias de cualquiera de las últimas producciones cinematográficas. La muerte y la desolación de los niños de Etiopía o la guerra yugoslava, la perplejidad de la población rusa, los conflictos interétnicos de las repúblicas exsoviéticas, son vividas por nosotros no ya como hechos que ocurren a miles de kilómetros de nuestra confortable existencia, sino, más bien, sencillamente como imágenes, ciertamente impactantes, que sólo mueven nuestras conciencias durante el breve lapso de su aparición televisiva. ¿Cómo diferenciar, entonces, las lágrimas que provocan las peripecias de las heroínas del último «culebrón», de la impresión ante el dolor real de las madres que ven morir, impotentes, a sus hijos?

La Guerra del Golfo fue el primer conflicto bélico al que pudimos asistir en directo, contemplando, desde la tranquilidad de nuestros hogares, la destrucción provocada por los sofisticados misiles teledirigidos, como si se tratara de la fantasía de un simple video-juego. En las imágenes que recibíamos habían sido cuida-



dosamente eliminadas todas las escenas del horror real, de los miles de soldados iraquíes enterrados vivos por la maquinaria aliada, o de la muerte bajo los cascos provocados por los bombardeos. Tan sólo se nos ha permitido asistir a aquello que los expertos decidieron que era admisible para la sensibilidad de la sociedad del bienestar.

La sustancia de la vida real se ha perdido definitivamente tras el velo de las apariencias, donde se confunden lo real y lo imaginario. Los hombres y sus avatares ya no son «de carne y hueso», en un mundo en el que cada uno de nosotros se ha transformado en una serie de dígitos binarios que contienen toda la información de lo que somos. Habitamos, pues, un mundo en que debemos permanecer en la superficie, sin adentrarnos nunca en las profundidades de lo real.

¿Se trata, quizá, del mundo sin Dios que anunciara Nietzsche? Todo parece indicarlo.

El mundo occidental vive en la superficialidad del deseo, del consumo, de la imagen, creyendo que la tecnificación que ha alcanzado lo preservará de todos los peligros provenientes de las fuerzas del mal. Nunca nos hemos encontrado más lejos del esfuerzo de interiorización que exige la oración, la comunicación con El que se encuentra más allá, por encima de nosotros. Quien nos ve no es ya la divinidad en su infinita providencia, sino el Gran Hermano, una sofisticada ingeniería informática, que controla la circulación de los individuos y los bienes. Ya que el hombre occidental continúa exigiendo la seguridad que proporcionaba un Dios bajo cuya providencia todo parecía cobrar sentido, y sin el que los acontecimientos podrían estar sometidos tan sólo al más extremo de los azares. Ésa es la exigencia que se manifiesta en la necesidad de un «policía mundial» que sustituya a los bloques antagónicos, que hasta ahora constituían un *status quo* aceptable, por cuanto los riesgos de holocausto nuclear parecían estar bajo control.

La necesidad de seguridad, que ha pervivido tras el anuncio de la muerte de Dios, se exterioriza en detalles nimios, como el éxito de los sistemas informatizados de señalización en las calles y carreteras. Éstos responden a la exigencia de los ciudadanos de sentirse vigilados, protegidos, pese a que todos sepan de su inutilidad: cuando te encuentras desde hace muchos minutos en un inmenso atasco, aparece un cartel electrónico que te anuncia el riesgo de atasco; unas flechas verdes te animan a seguir por el carril por el que ya conducías desde hace rato, etc. No podríamos explicar el suspiro de alivio que sentimos, no obstante, ante la aparición de estas señales, sino por la necesidad inconsciente de protección desde alguna instancia superior a nosotros, en este caso, desde la causa del desencantamiento de la realidad: los recursos tecnológicos. En un mundo que aparentemente ya no necesita de Dios, se ha creado, sin embargo, el imperio de la *Coca-Cola*, cuya omnipresente aparición en todos los acontecimientos, en todas las cadenas televisivas, en todos los lugares, desde los locales de diversión hasta nuestro propio frigorífico, nos proporciona la seguridad de que todavía alguna presencia extiende su manto protector sobre nosotros.

No es extraño que este altísimo nivel de carencia afectiva haya producido los siniestros temores que acompañaron a los dos grandes acontecimientos que han marcado el nacimiento del Nuevo Orden Mundial: la caída del muro de Berlín,



como símbolo de la disolución del bloque comunista, y la Guerra del Golfo. Uno y otro hecho se han visto conectados —y no de modo accidental— con fenómenos de índole religiosa. En el Este ha tenido lugar un espectacular renacimiento de las manifestaciones de un sentimiento religioso, que años de socialismo real deberían haber extirpado definitivamente. Y, de modo aún más inquietante, los ciudadanos-espectadores del mundo tecnificado han podido asistir a los discursos y llamadas a la Guerra Santa de Saddam Hussein, quien, como había ocurrido en la década anterior con Jomeini, se revestía de un lenguaje profético, o más bien satánico, para un criterio como el nuestro, acostumbrado a juzgar que las apelaciones a sentimientos religiosos son mera superchería y cálculo político.

Aun obviando la imagería de Bush acudiendo a la iglesia a rezar por los soldados enviados a «defender los derechos humanos», o de un Saddam cumpliendo escrupulosamente con los ritos musulmanes ante las cámaras de la televisión iraquí, no deja de ser cierto que, en el fondo, dos «dioses» se enfrentaban en la Guerra del Golfo. Por una parte el «Allah» musulmán, investido con los ropajes de la guerra santa, que impone una forma de vida rigurosa a sus seguidores, y que exige el estricto cumplimiento de los ritos debidos. Es, además, el núcleo que unifica a toda una serie de pueblos y culturas muy diversas, que han entrado en la tercera revolución industrial de maneras muy diferentes, desde la punta de lanza consumista de Kuwait o Arabia Saudí hasta el tradicionalismo chiíta de Irán. Todos estos pueblos encuentran en su fe común un motivo impulsor para sus vidas, y sus objetivos sociales, políticos o culturales. Para nuestra escéptica visión del mundo, comprender la significación de la religiosidad de estas culturas resulta tan difícil, pese a que coexistimos en la misma época histórica, como si se tratara de la sociedad europea del siglo XII. Y mucho más aún después de que se haya impuesto, incluso de un modo inconsciente, la crítica marxista que hace de la religión una mera manifestación de la superestructura ideológica, que cubre como con un velo a la realidad, a fin de servir a los intereses de las clases dominantes.

Justamente al basarse en esta creencia, el socialismo real ha pretendido eliminar cualquier forma de sentimiento religioso, imponiendo fuertes leyes restrictivas a toda manifestación ritual de las religiones tradicionales en los pueblos sobre los que ha extendido su dominio. Suponían los burócratas que las luces de un modelo educativo fundamentado en los valores del «humanismo» materialista acabarían por disipar las supersticiones populares, y que los creyentes acabarían por comprender que bajo sus convicciones religiosas anidaban la opresión y el interés de los poderosos. Sin embargo, no han conseguido más que contener el caudal de la fe, poniendo diques represivos, que han caído estrepitosamente en el mismo momento en que las cadenas políticas y policiales se han venido abajo. Y así una marea de fervor ha invadido la mayor parte de los antiguos países-satélite, encabezados por Polonia, y ha llegado hasta el corazón mismo de la nueva Rusia.

Mientras tanto, en nuestra sociedad de la opulencia el *Dinero* se ha convertido en el gran dios capitalista, ante el que deben inclinarse las demás consideraciones por muy elevadas e ideales que se puedan pretender. Pese a que es ésta una idea que hoy resulta casi tópica, no es tan evidente, sin embargo, el modo en que ha llegado a afianzarse esta rastrera visión de los móviles que impulsan el mundo



occidental actual. No hemos de olvidar, en efecto, que, en sus inicios, el capitalismo se desarrolla ligado a una forma de vida sobria y razonable, promovida por las creencias cristianas reformadas. Para ellas el enriquecimiento no es más que un modo de cumplir con el mandato divino de desplegar al máximo las potencialidades que residen en el ser humano. Tampoco podemos olvidar que los primeros teóricos del liberalismo creen firmemente en que la lucha por el enriquecimiento individual sólo puede generar beneficiosas consecuencias sociales, aunque de un modo misterioso, aplicando la noción teológica que veía en los males particulares sucesos contingentes irremediables en vistas al necesario bien universal. Baste recordar, a este respecto, la «mano invisible» de Adam Smith, o los «vicios privados» que se transforman en «públicas virtudes» de Mandeville. Pero, a medida que —según denunciara ya el propio Marx— el aspecto financiero del Capital se independiza progresivamente del resto de las funciones productivas de la sociedad, asistimos al desvanecimiento de la moral del trabajo —del que no puede separarse el bienestar consecuente—, para caer en la moral del fuerte, que demuestra su superioridad no en la instauración de nuevos valores, como había pretendido Nietzsche, sino en la mera ostentación de sus posesiones.

Cuando valer es tener, nada importan los medios con los que se ha obtenido un fin que no ha sido elegido, puesto que se impone a todos como móvil para la vida: la adquisición y ostentación del Dinero. Si Dios actuaba como causa final, aspiración máxima de todas las criaturas para el pensamiento medieval, esa misma es la función del Dinero en el mundo occidental en este fin de milenio.

Nos hallamos, pues, ante tres ídolos, tres imágenes deformadas de lo divino que se reflejan en los conflictos que sacuden nuestro planeta: el *dios del Dinero*, al que todos aspiran, y meta universal del hombre hedonista de la sociedad del bienestar; el *dios Guerrero* del oriente próximo, que sirve como promesa de venganza e independencia para los pueblos oprimidos por el neocolonialismo; el *dios Liberador* de los países del Este, que actúa como catalizador de las ansias de libertad de unos pueblos sometidos durante décadas a un régimen dictatorial. Esta variedad de imágenes, que, en el fondo, ocultan la verdadera figura del Dios bíblico, ha producido como efecto que el significado mismo de la divinidad haya caído en el mismo magma nebuloso que el resto de las grandes ideas, en las que una masa de individuos indiferentes no encuentra ya ningún fundamento. Dios se aleja del mundo actual porque occidente ha perdido la noción de *trascendencia*.

Y, sin embargo, persiste la necesidad de referir nuestras vidas a algo más allá de los meros intereses cotidianos que parecen llenar todo nuestro tiempo. Surgen así nuevas creencias que tratan de llenar el vacío dejado por Dios: sectas incontables pululan, ofreciendo una cómoda vía de acceso a la eternidad, o al menos una comunidad en la que refugiarse de las insatisfacciones cotidianas; se agotan las ediciones del nuevo catecismo, del que se escribe, se habla, se opina, se critica... haciendo lecturas sociológicas, que ni siquiera rozan el núcleo de su significado más profundo; comienza a germinar el miedo apocalíptico ante el fin de milenio, aún tan solo como un sordo rumor acallado por los años de prosperidad económica, pero que, sin duda, se hará más manifiesto en la medida en que las consecuencias de la crisis —que apenas se ha iniciado— hagan más difícil ocultar los terri-



bles problemas a los que se enfrenta el mundo del Nuevo Orden: destrucción del ecosistema, superpoblación y miseria en los países del Tercer Mundo, movimientos migratorios incontrolables... Y en el Primer Mundo, del que formamos parte, ausencia casi absoluta de pautas morales de comportamiento que nos permitan enfrentarnos a una situación en que las posibilidades de acceso al Dinero se encuentren más lejanas.

Lo ha denunciado la Iglesia española: el mayor riesgo para nuestra sociedad reside en la falta de principios éticos, cuyo resultado se hará perceptible cuando la crisis económica haga quebrarse el temor a la pérdida de los bienes materiales alcanzados en los años de prosperidad, temor que es el único freno para una masa de individuos cuya única perspectiva vital reside en seguir acumulando las migajas de bienestar que caen de la mesa de los poderosos.

Esta situación hace que se convierta en una tarea urgente eliminar los falsos ídolos que la sociedad tecnificada y consumista ha alzado para sustituir al verdadero Dios, cuyas exigencias no se adaptan al hedonismo de las masas entregadas a la satisfacción inmediata de sus deseos. El hombre occidental actual, el que ha surgido del Nuevo Orden, se enfrenta a una contradicción irresoluble: le resulta cómodo limitarse a la perspectiva del dios del Bienestar, pero, al mismo tiempo, no puede liberarse de los temores del fin del milenio, que le obligan a afrontar su propio destino, a mirar en su interior, donde de nada valen los fuegos fatuos del brillo consumista. Quizá así descubra de nuevo el *sentido comunitario*, y vea en los otros, no ya meros contrincantes en la lucha por el placer, sino *prójimos*, que viven en la misma desorientación provocada por los falsos dioses contemporáneos.

Francisco León Florido.
Filósofo.
Del Instituto Emmanuel Mounier.